

NUMERO EXTRAOR-
DINARIO 20 CENTS.
AÑO VIGESIMOC-
TAVO.

ABC

NUMERO EXTRAOR-
DINARIO 20 CENTS.
AÑO VIGESIMOC-
TAVO.

CON PRETEXTO DE UN
AUTOGRAFO INEDITO

Larra, o la agonía del ansia.

LARRA, o la agonía de lo español. Después de tanto hablar de Larra, de tanto haberle buscado tres pies al gato de su símbolo y su fantasma, de haberle reprendido echándole a su cadáver el broncazo de que tenía acento francés; después, en fin, de haber vulgarizado su suicidio como una simple anécdota de amor no correspondido, pasa el tiempo, rasca uno en las entrañas, en el fundamento de la hispanidad representada e interpretada por sus hombres, y vuelve uno a los comienzos de la investigación mental y sentimental: vuelve uno a encontrar, exacto esta vez e incommovible, el Larra lívido y patético que encarna la agonía de lo español, lo excesivo de lo español y el morbo español de la tiritona de la disidencia, de la soledad sin posible compañía.

En el calendario de cualquier mediana memoria está ese lunes 13 de febrero de 1837; ese madrileñísimo y renegrido lunes de Carnaval, en cuya tarde se suicidó Mariano José de Larra. La muerte de un hombre joven, por muy grande que su renombre fuera, deja una larga estela de todo lo que aún pudo ser, de todo lo que se trunca, y queda como medio vivo en la desesperación de lo empezado que no se podrá nunca terminar. ¿Qué pensaba hacer Larra aquel año de 1837, que no llegó a vivir? La casualidad me deparó el acaso único documento de su puño y letra que tiene un carácter porvenirista. Se trata de una cuenta de lo que proyectaba ganar con su pluma en el año 1837. La amabilidad de un escritor amigo, don Luis Gabaldón, me brinda tan inestimable papel.

Es una octavilla de papel de hilo ahuesado, que tiene en el ángulo superior de la izquierda un anagrama en relieve, sin color, con sus tres iniciales, M. J. L. (Este sello consta, por cierto, en el inventario que a su muerte se hizo, y aparece reseñado junto a tres navajas de afeitur y algo que tiene un fino encanto de sugerencia, una honda melancolía: "cubierto pequeño, de plata, que usaba la niña".)



MARIANO JOSE DE LARRA

El hallazgo, que tiene mucho de hallazgo conmovedor, prueba bien a las claras que la situación económica de Larra, en los últimos meses que antecedieron a su suicidio, era buena, teniendo en cuenta el valor del dinero en su época, y que este dinero estaba conseguido a punta de pluma, cosa sencillamente excepcional en la vida del periodismo de entonces... y casi en la vida del periodismo de hoy. Entre unas cosas y otras, Larra calculaba, sobre base cierta, naturalmente, ganar 95.840 reales, o sean 23.960 pesetas del año 1836.

Hay en la cuenta una suma que corresponde sin duda (diciembre, 1836) a la cantidad con la que había terminado el año, doce mil reales, o más exactamente, 12.653 reales.

La octavilla, de papel amarillento, es bien expresiva para comprender que Larra decide quitarse la vida en el máximo esplendor de ésta, cuando aún no tiene veintiocho años y su fama y ganancias le hacen ocupar el primer puesto en el mediocre escalafón de la literatura española. Y prueba aún otra cosa: su sentimiento del orden, su raro escrúpulo por llevar una contabilidad que le aleja, junto a su sentido del *confort*, con sus trajes, cuyas telas son encargadas a Londres, de toda ramplonería bohemia y desaliño. Porque su desesperación era más honda.

Larra, o la agonía española. Si. Y Larra, o la tristeza española. España, para el que siente y quiere que su sentimiento sea comprendido, es el país más triste del mundo. Y esto sí que no es derrotismo, sino voces invitando a un renacimiento, del que ya van existiendo motivos para sentirse escépticos. "Todo el mundo tocaba la guitarra, y la tristeza no estaba por eso menos esparcida sobre la faz de España", dice Voltaire.

Esa guitarra africana, guitarra de luna muerta en la soledad redonda, volvía loco a Larra, que tantas noches llegó a su casa creyendo que manejaba, sin poderlo evitar, un idioma prebábélico, incapaz de entenderse en la calle de la Montera. Y ese idio-

370	11000
12	23740
64	40000
22	55840
3860	

Proyecto al año 37

España	13.840
Reserva General	36.000
Mundo	4.000
Una novela a 8000	8000
Seis folletos a 3000	18000
Un drama	10000
Un tratado de cocina y arte de cocinar	4000
	95.840
	12.653
	108.493

Diciembre de 1836

CUENTA DE LO QUE PROYECTABA GANAR LARRA CON SU PLUMA EN EL AÑO 1837

ma prebábico era precisamente el gran español, el español puro que hizo a Cervantes, no que hizo Cervantes; el idioma del dolor español, no el idioma de Cervantes, como dicen en las conferencias hispano-americanas.

Lo primero y lo último que es preciso considerar en Larra es su tristeza, su desesperación, su *asco*, que le llevó, apoyándose en una contingencia amorosa, al suicidio.

Lo había logrado todo. Todo lo poco, lo nada que se puede lograr en la vergonzante vida de las letras. La máxima popularidad periodística cuando el periodismo parecía cosa aparte de la literatura, antes de que se pensara que ya los evangelistas fueron reporteros.

Lo había logrado todo, menos que comprendieran su angustia. A los veintiocho años no cumplidos podía considerar que no quedaba un solo paso que dar. Algo peor aún: que como se hace con los burros y los caballos, le habían amarrado los pies, y sólo podría ya andar a saltos.

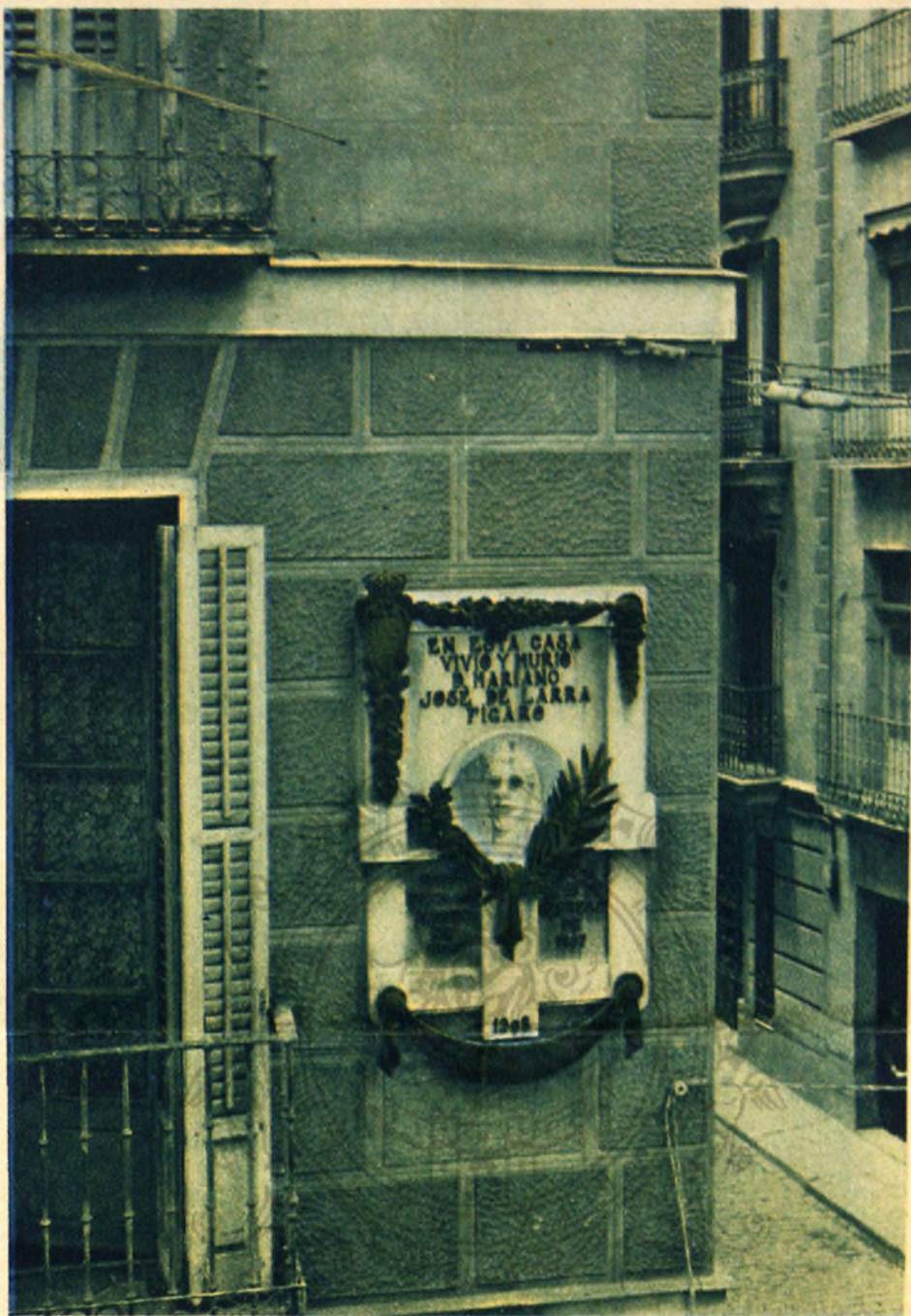
En toda su labor periodística está vivo, latente, el desgarrón de esta obsesión. En diciembre de 1836, en *Horas de invierno*, se pregunta: "¿Quién oye aquí?" Todo le produce el mismo horror, el mismo asco de la desventura madrileña. En *El pobrecito hablador* escribe del café donde se pasaba media vida, "el reducido, puerco y opaco café del Príncipe..."

Se aflaba, se hacía amarillo en la disidencia de todo. Podría repetir con Montaigne, y con más razón que Montaigne: "Distingo este el principal miembro de mi lógica".

Su vida oscilaba entre el ilanto y el bostezo. Por la mañana paseaba por la Carrera de San Jerónimo, Carretas y Montera. Saludaba a alguna damita balconera y hablaba con algún amigo. Si el amigo era tonto, nada. Si el amigo era inteligente, ya es sabido: no existía diálogo. La conversación de dos hombres inteligentes en España son dos monólogos sin concesiones.

Vuelta a casa. Almorzar, cambiarse de traje, y la calle de la Montera o el Prado otra vez. Los más elegantes paseaban a caballo desde Atocha a Recoletos. Claro que siempre existía un recurso: ir después desde Recoletos a Atocha. La noche la podía pasar en un teatro o en un salón. En los salones se jugaba al *écarté* y se bostezaba con algún disimulo.

Fracasado en medio de su éxito. Fracasado en ciertas aspiraciones palatinas y sociales primero; en la amistad después, y en su matrimonio más tarde, hay un momento



LA CASA NUMERO 3 DE LA CALLE DE SANTA CLARA, DONDE MURIO MARIANO JOSE DE LARRA. (FOTO DUQUE)

en la vida de Larra en que juega mucho más de lo que él se cree en la desastrosa aventura con Dolores Armijo. Porque Dolores Armijo era nada más que una mujer hermosa. Y si a una mujer hermosa se le añade bondad, gentileza y talento, pues sigue posiblemente sin ser una gran cosa, y desde luego sin ser absolutamente nada para la resolución de las grandes crisis de melancolía, del fastidio acre y ocre de una sociedad torpe y pueril, del enorme monstruo de contemplar una desproporción manifiesta entre las ambiciones intelectuales y las posibilidades reales.

Pero Dolores Armijo suponía en aquellos momentos todo. Cuando un hombre en las circunstancias de Larra pide su amor a una mujer, no la pide sino que le devuelva a gritos de pasión su propio yo, el yo que la ofrece, el yo miserable y terrible que duda, que tiembla y que parece caminar ciego y sordo por la sordera y la ceguera del mundo en que vive.

Larra la entrega su amor en última instancia. Nunca se me olvidarán aquellas palabras que un excelente poeta, un excelente

hombre, Ramón de Bastarra, nos decía a sus amigos en los últimos meses de su vida: "Repetidme siempre que soy un magnífico escritor, decidme que mis versos son muy buenos... A vosotros no os cuesta nada... y a mí me hace muy feliz."

Y eso y mucho más que eso pedía aquel pobre grande hombre de *Figaro* a la mujer que tomó como pretexto y fin de desesperaciones vitales: "Mírame a los ojos y devuélveme mis ojos para que me convenza de que los tengo. Devuélveme mi amor, mi genio y mi fortuna, que se me borran en la soledad española. Díme que soy, que existo, que alguien ve cómo vivo, pienso y amo".

No le supo decir nada de aquello Dolores Armijo, aquella mujer que tenía un nombre que mejor le iba a Larra y un apellido que se hacía entonces sinónimo de España. No se lo supo decir aquella Dolores Armijo, aquella Dolores España que le puso una pistola en la mano un lunes de Carnaval.

Así fué..., y no podía haber sido de otro modo.

A su muerte todo fué rencor, frialdad, estupidez. Da pena y sonrojo repasar las gacetillas de *El Español*, *El Eco del Comercio*, *El Patriota* o *La Gaceta*. Se le llamaba "distinguido escritor", cuando más. Si su nombre pasa entonces la frontera es para encontrar cosas tan divertidas, tan divertidas... que hacen apretar los puños. *Le Voleur* del 5 de marzo de 1837 dice: "El Sr. Larra, literato español, tenía la manía de creer que la Regente Cristina estaba enamorada de él; la escribía frecuentemente, sin obtener nunca respuesta..."

El señor conde de Larra decidió entonces suicidarse. Se le ha encontrado en su cuarto, bañado en sangre, con una pistola en la mano, ante el retrato de la Reina."

¡En fin...! En su tumba escribieron: "Larra, o la amistad". Siguen sin sentido estas palabras. Hubieran podido escribir: "Larra, o la España", sería más justo.

Tanto sugiere esta cuartilla encontrada, que apenas si me dió tiempo a hablar de ella. Es como todo lo que sugiere una vida, no dando jamás tiempo a vivirla. Cosas son estas de una profunda, eterna y digna tristeza. Porque aquella tristeza suya es la nuestra. Y no es una patética presunción. Es algo peor que todo eso: es agonizar a gritos sobre un mapa que se destiñe; sobre un mar de asfalto y seguro naufragio.

CESAR GONZALEZ-RUANO